

Evolucionan juntas las cuatro diosas, que se creerían descendidas de los bajo-relieves de Angkor, y para danzar se miran, dando con frecuencia la espalda al público, sin que jamás se mueva una fibra en su fisonomía de jóvenes inmortales, sin que una sonrisa asome á sus carnosos labios.

¿Qué profundo sentido se oculta bajo las largas y castas ondulaciones con que nos arrebatan? ¿Qué significan esas graciosas flexiones del cuerpo, esos movimientos ampliamente rimados, esas nobles cadencias de los brazos, esas manos crispadas, esas fajas de la cintura, que se agitan y vuelan y esos dedos que de repente hacen un trinado en el aire?

Bien se quisiera penetrar ese misterio, comprender á lo menos la salmodia del recitante.... Pero ¿qué importa esto, si al fin se opera el encanto? De esto no puede dudarse.

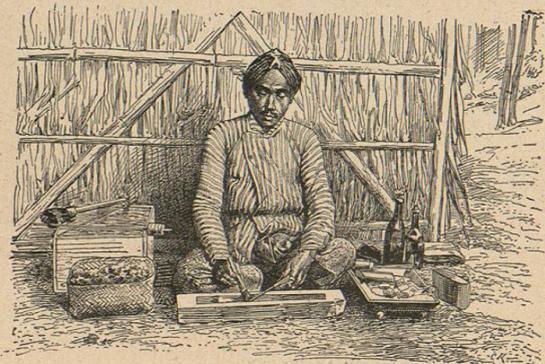
Alguien, muy bien informado, me ha dicho el nombre y la edad de estas jóvenes de Java, cuya mímica nos lleva con indecibles refinamientos á la sublime ingenuidad. Una de ellas, la mayor, se llama Faminah y tiene diez y seis años; la segunda, Sariem, tiene poco más de catorce; Saria apenas tiene trece y Neskiem frisa en los doce.

El sujeto obsequioso y bien informado, me iba á dar aun otros informes, pero me aparté de él. Cuando ha vivido uno más de una hora en el paraíso de los dioses de la India, siente afean el recuerdo de sus visiones con vulgares nociones terrenales.

Y sin embargo, mientras nos retiramos, la vida del kampong continúa á nuestra espalda con todos sus atractivos. Allá, volviendo la cabeza, brillan bajo un sobradillo multitud de cajas de te de cobre amarillo. Algunos transeuntes asedian una tienda donde se venden en confusión, sombreros de paja y de cuero, cestería de bambú, *gongos*, telas abigarradas, y cerca de allí, al rededor de un pabellón de columnas anilladas de bermellón, unos jóvenes malayos vestidos de blanco, con el cuello y las mangas adornadas de rojo y contoneándose como marineros, sirven á quien pide bebidas de todos colores.

La vieja que dibuja, traza sin cesar en su tela sus dragones, é insectos persiguiendo moscas. Fuera del Pendoppo, nada traspasa del ideal espectáculo. Bajo la veranda de cada habitación, detrás de las claraboyas, javaneses y javanesas trabajan en silencio, ó perezosamente acurrucados, inmóviles, impasibles se anonadan en vagas contemplaciones. Sus ojos oblicuos y casi cerrados huyen de nuestras expansiones occidentales: sólo el ruido sonoro de nuestro dinero les llama la atención. En el fondo, estos insulares de una tierra ardiente, transportados á través de los mares con sus habitaciones, como por virtud de magia, están en París como en Java desdeñosos de nuestras instituciones y costumbres y viviendo su vida de soñadores despiertos.

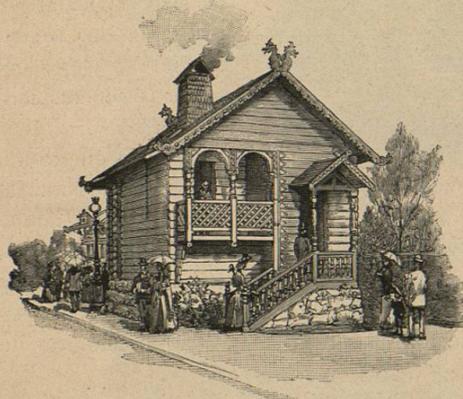
L. de FOURCAUD.



Galopín de cocina en el kampong

LAS 44 HABITACIONES HUMANAS

CONSTRUÍDAS EN EL CAMPO DE MARTE POR M. CARLOS GARNIER



Casa escandinava

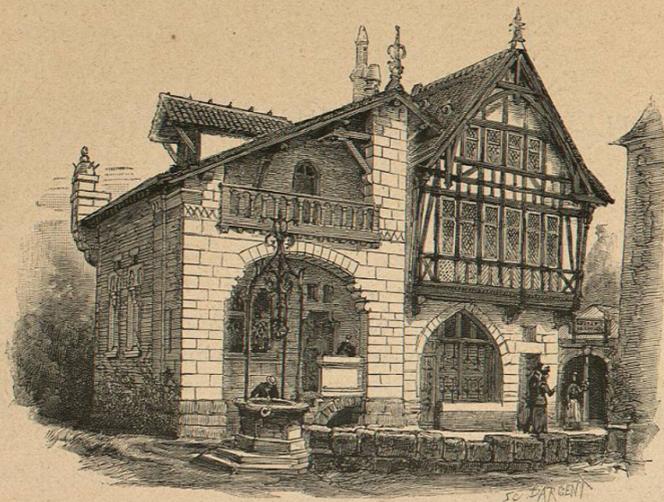
No hay menos de cuarenta y cuatro, número preciso: cuarenta y cuatro tipos de construcción, que son los que se exhiben en hilera al pie de la torre Eiffel, para presentar como en un panorama sintético, digámoslo así, la historia de la habitación humana.

Mi excelente colega Emilio Goudeau, con su ingenio y gracia habituales, hizo ya de *cicerone* en otro lugar de esta revista guiando á nuestros lectores por esta parte de la Exposición, y por consiguiente no tenemos que insistir en el programa seguido por M. Garnier ni explicar de nuevo el plan de su obra. El eminente arquitecto hubo de tomarse al parecer

mucho trabajo para realizarla: en ella trabaja con el mayor ahinco hace dos años, y se dice que piensa darle una especie de consagración con la publicación de un libro especial más duradero que los frágiles edículos que imaginó para el recreo (no me atrevo á decir para la instrucción) de los visitantes de esta admirable y por demás enciclopédica Exposición de 1889.

Nunca lo animaríamos bastante en su grande empeño, pues jamás necesitó una obra de artista un comentario explicativo tanto como la empresa de Garnier. ¿Hay que llevar al extremo la franqueza? Pues bien, cúmplenos decir que este comentario es tanto más necesario, cuanto que se comienza á acusar en alta voz al célebre miembro del Instituto de haber querido hacer á la señora arqueología una de esas jugadas que su ingenio paradójico gusta de inventar. Personas que se creen bien informadas afirman que el autor de estas cuarenta y cuatro habitaciones humanas sólo ha sacado de su imaginación la mayor parte de los documentos, en que ha erigido esta historia arquitectónica. Y añaden que, no en pequeña parte, son incompletos ó absolutamente fantásticos sus tipos de casas; que casi ninguno da, como sería conveniente, la impresión de la verdad y de la vida; que son juguetes pueriles sin utilidad ninguna para la ciencia, no teniendo el valor de exactitud que se necesita en las «lecciones de las cosas;» y finalmente que tienen el defecto de presentar á los ojos del público imágenes concretas, cuya autenticidad es más que ilusoria, bajo engañosas apariencias de certidumbre.

¿Son estos críticos serios ó simples maldicientes? A los sabios toca resolver la cues-



Casa romana y de Edad media

de Marte nos dejamos llevar sin prevenciones al encanto de los espectáculos que se nos ofrecen y hartamos los ojos, como en una magia, en los mil y mil tornasolados cuadros, no nos embarazamos en estos problemas hasta el punto de enojarnos, y puesto que estamos advertidos, no aceptemos, después de todo, las restituciones arquitectónicas de M. Garnier sino á beneficio de inventario.

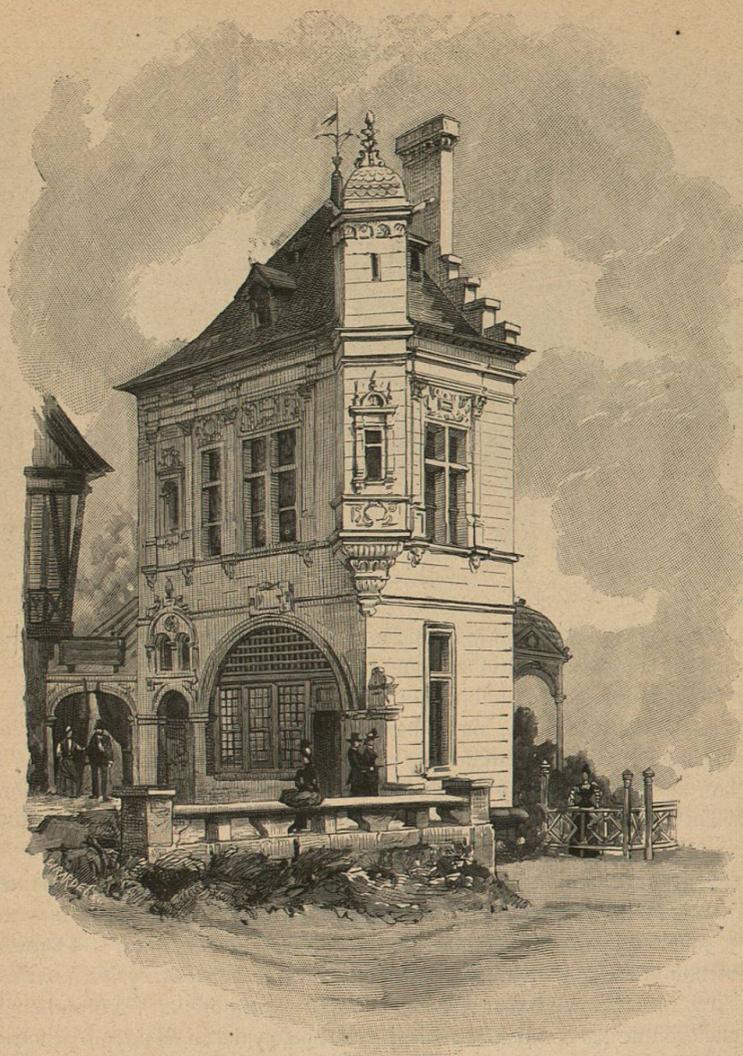
Es lo más prudente. Pero ¿cómo explicar esto? Hay placeres que no se gozan á medias, y basta una duda como esta para que se trasformen en insoportable inquietud. Los ignorantes, iguales á los niños, necesitan tener confianza en su guía. ¡Ah! ¿por qué ha dado lugar M. Garnier á que surjan estas dudas sobre su obra agitando así la fiesta?

Es que era en verdad encantadora la idea de esta Historia de la habitación humana. Y ¡qué bien se avenía con el carácter grandioso de la Exposición, que abarca en sí todo linaje de conocimientos y hace mover á nuestra vista todos los resortes del genio del hombre, refiriendo las fases de la civilización desde las edades remotas hasta las maravillas actuales! ¡Qué claro é instructivo prólogo para la historia del desenvolvimiento social representado en el Campo de Marte por tantas y tan admirables obras! ¡Qué excelentes demostraciones debían resultar de los contrastes ó analogías entre las habitaciones de todos los pueblos! Porque ¿hay algo que explique mejor el modo de ser de una nación, los instintos ó hábitos de una raza, el grado de cultura intelectual de un pueblo que la disposición interior de una casa? ¿Hay algo que impresione más vivamente la imaginación que la vista de esas intimidades del hogar de los antepasados iniciando las nuevas generaciones en las luchas, en las condiciones, en las costumbres de nuestros predecesores en la máquina redonda, y diciéndonos su manera de vivir, su ingeniosidad en utilizar los materiales suministrados por la naturaleza y sus procedimientos infinitamente variados, para responder á las necesidades esenciales y siempre las mismas de nuestra raza mortal, como por ejemplo, comer y dormir?

Todos hemos experimentado la sensación dulcísima y penetrante que despiertan las ruinas, donde queda siempre algo para que la imaginación pueda reconstituir la existencia de los hombres que por allí pasaron. La Historia de la habitación, se decía, será una

ción. La obra que se nos ha prometido nos enseñará si M. Garnier se aplicó en conciencia á hacer sus restituciones de antiguas casas en virtud de textos positivos, ó si se abandonó al placer natural en un poeta, sino en un arquitecto, de dar forma tangible á vagos caprichos ó á meras conjeturas.

Por lo que toca á nosotros, que en nuestros paseos al Campo

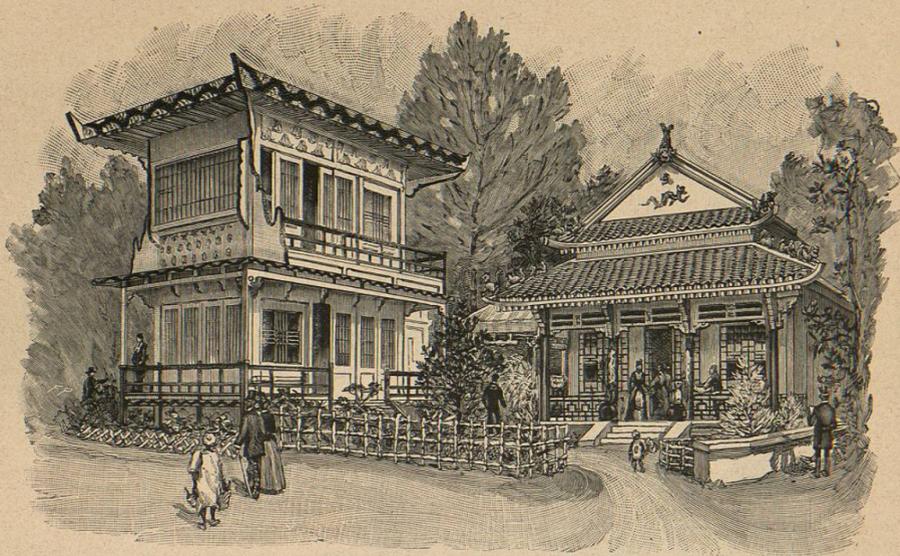


Pabellón del Renacimiento

evocación semejante á la que nos da Pompeya para la civilización romana, pero más completa, como quiera que hará revivir todos los aspectos de la humanidad en los diversos períodos. Tomando la evocación de la ópera de *Roberto el Diablo*, pronunciará monsieur Garnier un formidable ¡*Levantaos!* que hará surgir de súbito las borradas formas de las habitaciones más características que hayan existido desde el principio del mundo, y nos producirá la ilusión, el encanto de una exhumación poderosa por la exactitud arqueológica.

Esto era lo que se esperaba. Pero ¡ah! la obra no es lo que se pensaba, y es de temer que la lección no tenga todo el alcance que el público se prometía.

En definitiva ¿qué se propone M. Garnier en sus cuarenta y cuatro construcciones?



Casas japonesa y chinesca

He aquí lo que importa averiguar y lo que no es fácil saber, dados el lugar que ocupan y el orden un tanto arbitrario en que parecen dispuestas dichas construcciones.

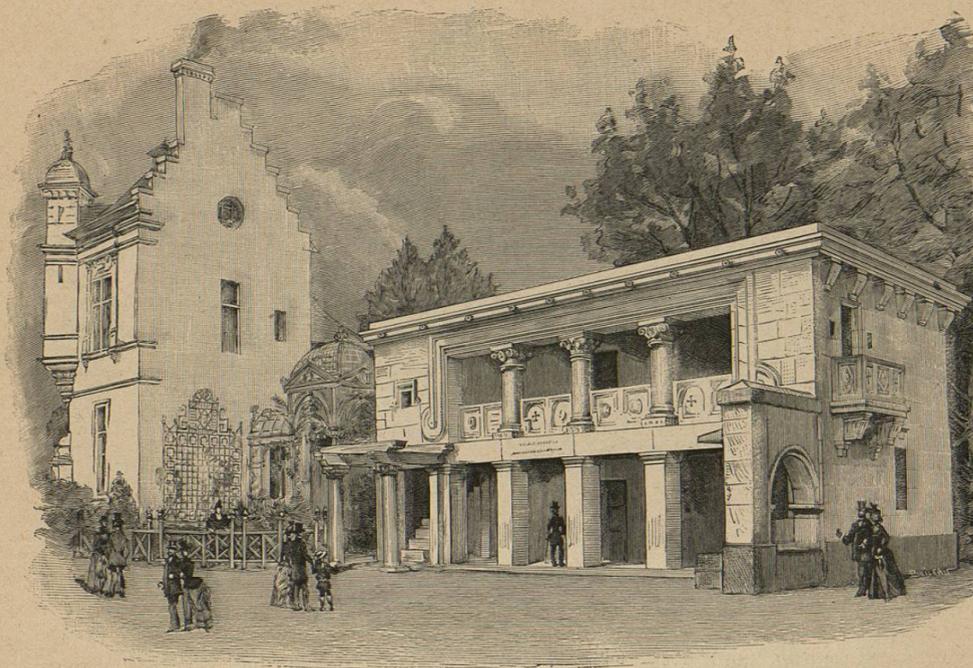
El autor de la Historia de la habitación no ha querido, al parecer, intentar la demostración plástica de una teoría, que sin embargo, es preciso absolutamente conocer, si se quieren comprender los orígenes de lo que se llama estilo en arquitectura, y las influencias que lo han modificado. ¿Habrá llegado á hacer inteligible esta demostración? Esto es otra cosa. En todo caso he aquí la teoría de qué se trata, tomada de los escritores más autorizados.

De las tres grandes familias, blanca, negra y amarilla, en que ordinariamente se divide la raza humana, la primera es la que más ha contribuido al desenvolvimiento de la civilización y, por lo mismo, de la habitación. Esta familia se separó en tres ramas designadas con los nombres siguientes: los *Jafetitas* ó *Arios*, los *Camitas* y los *Semitas*. Cada una de estas tres razas parece haber tenido principios de arquitectura profundamente distintos, que nacieron de las condiciones mismas del suelo y del clima en que primitivamente vivieron.

Si en el suelo había mucho bosque, de los árboles se servían los naturales para la construcción; y al contrario, tenían que recurrir á la piedra ó al limo allí donde no abundaba el bosque.

Por eso los *Semitas* vivieron bajo las tiendas ó en las grutas. Y cuando llegaron á ser bastante hábiles para construirse habitaciones, se acordaron de la gruta y en su forma se inspiraron para los macizos monumentos de limo ó de arcilla en que buscaron un abrigo contra el calor y los insectos, porque provenían de regiones cálidas y escasas de bosque.

Por su parte los *Camitas*, raza poderosa, dividida en dos grupos, negro y blanco, tienen particular aptitud para las obras de piedra, piedras sobrepuestas y juntas sin la trabazón de la argamasa, como se observa en ciertas regiones de África, en Egipto y en Fenicia.



Casa bizantina

Finalmente los *Arios*, oriundos de una región montañosa y cubierta de bosques, que se extiende desde el alto Indo hasta el Brahmaputra y penetra en el alto Tibet, se sirvieron de los árboles al principio para sus primeras habitaciones é imaginaron desde entonces una estructura especial derivada de la forma de los materiales.

Tan persistentes fueron estos recuerdos y tan fuerte este instinto de las diversas razas, que á pesar de los millares de años pasados y de las incesantes emigraciones que los derramaron por el mundo, su arquitectura se resiente siempre de estas condiciones originales de su existencia y de esta irresistible propensión á recurrir á las formas determinadas por sus primitivas viviendas.

En vano es que los *Arios*, por ejemplo, descendiendo de sus montañas lleguen á regiones donde encuentran la piedra y el limo; no dejan de utilizar estos nuevos elementos de construcción, pero tampoco dejan de construir, como cuando se servían de la madera. En vano, prosiguiendo su peregrinación, primero al Indostán, después á la antigua Media y á la Persia, luego hacia el Ponto Euxino, y á nuestra Europa, en fin, tienen á su disposición, mármoles, piedras ó ladrillo crudo; emplean ciertamente estos medios, pero conservan siempre sus hábitos y sus formas peculiares.

¿Se mezclan las razas en sus continuas migraciones por la superficie del globo? ¿Se establecen los *Arios* en las regiones en que hay ya establecidos *Camitas* y *Semitas*? Entonces se confunden los procedimientos arquitectónicos y traen las más curiosas consecuencias, con la restricción, sin embargo, de que á proporción que se operan y complican estas mezclas, se debilita la cualidad estética.

En Grecia, donde los *Arios* se encontraron en contacto con los *Semitas* ya mezclados